

algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Miguel de
Cervantes

Adaptación de
V. Muñoz
Puelles

Dibujos de
M. Á. Giner

Don Quijote de la Mancha





1

El valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía hace años uno de esos hidalgos pobres que tanto abundan en nuestras tierras. El dinero que tenía, que era poco, se lo gastaba en comida y ropa. Un ama de mediana edad y una sobrina le servían en las tareas de la casa.

Nuestro hidalgo rondaba los cincuenta. Era de constitución fuerte, aunque muy delgado de rostro y de cuerpo. Dicen unos que se apellidaba Quijada, y otros, que Quijano, pero lo importante no es el apellido, sino la historia.

Como le sobraba el tiempo, adquirió la afición de leer libros de caballerías, que es como se llama a esos libros en los que los caballeros andantes van por la vida en busca de aventuras. Tanto le gustaban que perdió el sueño, y hasta vendió algunas de sus mejores tierras para comprar más. Así, de tanto leer y de dormir tan poco, enloqueció de manera extraña.

Todos aquellos amores imposibles, batallas con gigantes, heridas de curación milagrosa y otros disparates que encontraba en los libros le parecían muy reales. Por eso se le ocurrió la idea de hacerse caballero andante y recorrer el

mundo con sus armas y su caballo, corrigiendo injusticias y buscando aventuras y causas que defender.

Pensaba en las hazañas que le esperaban, cuando encontró una armadura antigua y oxidada, que parecía de su talla y debía de haber pertenecido a sus antepasados.

Al limpiar el yelmo, que es la parte que cubre la cabeza, vio que había perdido la visera, y la cara quedaba sin protección.

Una semana le costó fabricarse una visera de cartón y atarla al yelmo. Para comprobar si aguantaba, la golpeó con su espada. Al tercer golpe, el invento se deshizo.

Colocó unas piezas de hierro por dentro de la visera, pero no se atrevió a darle más golpes, por si se le volvía a caer.

A continuación fue a ver su caballo. Era de cuello muy largo y podían contársele las cos-

tillas, pero no lo habría cambiado por ningún otro.

Cuatro días pasó buscándole un nombre extraordinario. Tras mucho pensar, eligió el de Rocinante, con lo que quería decir que antes de convertirse en el mejor caballo del mundo había sido un simple rocín, que es como decir «un caballo corriente».

Ocho días más tardó en encontrar un nombre apropiado para sí mismo. Tomó el de don Quijote, porque ni don Quijada ni don Quijano le gustaban. Pero cuando recordó que algunos caballeros de sus libros habían añadido a sus nombres el de su país, decidió hacer lo mismo y se convirtió en don Quijote de la Mancha. Así esperaba dar a su tierra, la Mancha, gloria y fama eternas.

Con la armadura limpia, la visera en su sitio y los nombres de Rocinante y don Qui-

jote, solo le faltaba una dama de la que enamorarse. Y es que un caballero andante sin su dama es como un árbol sin hojas y sin frutos.

Se acordó de que en El Toboso, una aldea cercana, vivía una moza campesina, de la que había estado enamorado sin que ella lo supiera. Se llamaba Aldonza Lorenzo, pero él le buscó un nombre de princesa y la llamó Dulcinea del Toboso.

Era un nombre musical y llamativo. Y también muy apropiado, o al menos eso era lo que él creía.

—¡Dulcinea, Dulcinea! —la llamaba, como si la campesina pudiese oírle.

A ratos inclinaba la cabeza y hacía una profunda reverencia, como si la tuviese delante. Y es que los enamorados nunca están del todo solos.



2

Don Quijote sale al camino

Una mañana, antes del amanecer, don Quijote se puso la armadura completa, tomó su lanza y su escudo y salió de su casa por la puerta trasera del corral.

De pronto, recordó que, según las leyes de la caballería andante, no podía combatir sin antes haber sido nombrado caballero por algún noble, en una ceremonia solemne.



Mientras cabalgaba, iba hablando en voz alta e imaginando los libros de caballerías del futuro, que contarían sus hazañas prodigiosas.

Tan despacio andaba y con tal fuerza caía el sol que, de no ser porque los libros de caballerías ya le habían secado los sesos, se le habrían derretido entonces.

Al anochecer, Rocinante y él se encontraban cansados y muertos de hambre. Buscando un lugar donde reponerse, don Quijote vio una posada, que su imaginación tomó por un castillo con cuatro torres, un puente levadizo y un foso.

Convencido como estaba de sus fantasías, detuvo a Rocinante y esperó a que todo ocurriese como en los libros, esto es, que un enano apareciese en una torre y tocase la trompeta anunciando su llegada. Pero el enano tardaba

en aparecer y Rocinante, que tenía prisa por llegar a la cuadra, se impacientaba.

Un porquero que recogía sus cerdos hizo sonar un cuerno para llamarlos, y don Quijote se decidió a avanzar. Creía que era el enano, que por fin lo anunciaba.

Poco después se presentó el dueño de la posada, un hombre muy gordo y socarrón. Don Quijote se bajó de Rocinante con mucha dificultad, porque el hambre le había debilitado, y se arrodilló ante el posadero:

—No me levantaré de donde estoy, señor gobernador —le dijo, porque creía estar ante el gobernador del castillo—, hasta que prometáis hacerme un favor, que os beneficiará a vos y a todo el género humano. Si estáis de acuerdo, esta noche la pasaré rezando cerca de mis armas, y mañana me nombraréis caballero. Así podré ir por el mundo socorrien-

do a los necesitados, como corresponde a un verdadero caballero andante.

El posadero decidió seguirle la corriente. Le dijo que podía velar sus armas en el patio, y que tendría mucho gusto en nombrarle caballero al día siguiente.

Don Quijote puso sus armas junto a un pozo y una pila de beber agua, y empezó a pasear de un lado a otro bajo la luna llena, con la lanza en la mano.

A medianoche, un huésped se acercó a la pila y apartó las armas de don Quijote para dar de beber a sus mulas.

–¡Dulcinea, señora mía, socorredme en mi primera afrenta como caballero andante! –dijo don Quijote, alzando sus ojos al cielo.

Tomó la lanza con las dos manos y le dio al huésped tal golpe en la cabeza que lo derribó y lo dejó maltrecho. Luego recogió sus

armas y siguió velándolas, como si nada hubiese ocurrido.

Lo mismo hizo con otro huésped poco después.

Al ruido acudió toda la gente de la venta. Cuando vieron a los heridos, otros huéspedes empezaron a apedrear a don Quijote, que se protegía con el escudo lo mejor que podía. Pero él gritó tan alto, desafiándoles, que se asustaron.

Para evitar desgracias mayores, el ventero decidió nombrarle caballero cuanto antes. Le hizo arrodillarse y murmuró entre dientes, como si pronunciase una oración. Luego cogió la espada de don Quijote y le dio un golpe en la nuca y otro en la espalda, que hicieron tambalear al viejo hidalgo.

—Que Dios os acompañe en todas vuestras empresas —le dijo, a punto de reventar de risa.

Don Quijote, en cambio, apenas podía contener la emoción. Se levantó, abrazó al ventero y le agradeció el nombramiento de caballero. Luego montó a Rocinante. El ventero, que quería verle partir cuanto antes, no quiso cobrarle el hospedaje. Le deseó las aventuras más memorables y le recordó que, además de las armas, un buen caballero andante debía llevar un escudero que le sirviese.